

Parte II: Viviendo como Iglesia

1: La vida en la Iglesia

No toda cultura es individualista. Pero en el mundo Occidental, tendemos a admirar a los Llaneros Solitarios. Nuestros héroes son fuertes y auto suficientes, y suelen caminar solos. A menudo, la iglesia Occidental se inclina hacia esta clase de individualismo. Escuchamos el llamado de Jesús de tomar nuestra cruz y seguirle, y decidimos seguirlo sin importar lo que otros digan o hagan. Por supuesto, esta es la respuesta correcta, pero tenemos que tener cuidado aquí. Mientras que todo individuo necesita obedecer el llamado de Jesús, no podemos seguir a Jesús individualmente. El contexto apropiado para cada hacedor de discípulos es la iglesia. Es imposible hacer discípulos separados de la iglesia de Jesucristo. Mírelo desde esta perspectiva: el Nuevo Testamento está lleno de mandamientos para hacer esto o aquello por “los demás”. Ámense unos a otros, oren unos por otros, ánímense unos a otros, etc. Así que ¿cómo podemos enseñarles a las personas a “guardar todo lo que Yo les he mandado” si no hay nadie a quién amar, o nadie con quien orar o para alentar? Es imposible.

En esta sesión y en las dos siguientes, pondremos el hacer discípulos directamente en el contexto de la iglesia. Esta sesión examinará la manera en que somos llamados a vivir juntos como iglesia. Enseñar a las personas a obedecer los mandatos de Jesús es un proceso que no tiene fin y que requiere que entrelacemos nuestras vidas con los creyentes a nuestro alrededor. Como hacedores de

discípulos, nos uniremos con otros creyentes, les ayudaremos a vencer el pecado que los está reteniendo, y los desafiaremos a crecer para llegar a ser hacedores de discípulos más efectivos.

Las siguientes dos sesiones se enfocarán en el llamado para alcanzar a las personas en nuestro ambiente local y el resto del mundo. En cada caso, nuestro llamado es hacer discípulos, y debemos aprender a cumplir ese llamado por medio del vehículo ordenado por Dios, la iglesia.

Consagrando su vida a la Iglesia

Primero, asegurémonos de no ser culpables de quitarle importancia a la iglesia de Dios en ninguna manera. No es un club social; no es un edificio y no es una opción. La iglesia es vida y muerte. La iglesia es la estrategia de Dios para alcanzar nuestro mundo. Lo que nosotros hacemos dentro de la iglesia, sí importa. Tendemos a comparar la vida de la iglesia con eventos y programas. Pero esto no es lo que hace a una iglesia. Los programas ayudan en la medida en que faciliten la vida y misión de la iglesia, pero no podemos comparar los eventos bien armados con la salud de la iglesia.

Dios se preocupa por la manera en que nos amamos unos a otros y la manera en que nos dedicamos a Su misión. La iglesia es un grupo de personas redimidas que viven y sirven juntas de tal manera que sus vidas y comunidades son transformadas. Lo que importa es la interacción que usted tenga con las personas que Dios ha colocado en su vida. Si usted no está conectado con otras personas, sirviendo

y que otros le sirvan a usted, alentando y siendo alentado, entonces usted no está viviendo como Él desea, y la iglesia no está funcionando como Él pretende.

A lo largo de la Biblia, vemos pasajes de la iglesia global (que incluye a todos los seguidores de Jesús en todos lados) y de la iglesia local (que incluye seguidores particulares de Jesús en un lugar particular). De las ciento catorce veces que se menciona a la “iglesia” en el Nuevo Testamento, al menos noventa se refieren a una reunión específica local de creyentes que se han unido para tener compañerismo y una misión. Dios quiere que cada seguidor de Jesús sea parte de tal reunión bajo el liderazgo servicial de pastores que pastorean a la iglesia para la gloria de Dios.

A pesar de la clara prioridad que la Biblia pone en los creyentes de ser parte de una iglesia local, muchos seguidores de Cristo intentan vivir la vida cristiana separados de un compromiso serio y personal con una iglesia local. Las razones son muchas. Somos autosuficientes e independientes y la clase de interdependencia mutua e incluso sumisión y responsabilidad hacia otros de las que nos habla la Biblia, nos asusta. A veces somos indecisos, yendo de una iglesia a otra buscando el “lugar perfecto” y las “personas perfectas”. A muchos de nosotros nos hirieron en el pasado por cosas que sucedieron a nuestro alrededor en la iglesia, y otros de nosotros simplemente no vemos la importancia de estar específicamente conectados a una iglesia local.

Pero la Biblia dice que la iglesia local es importante. Dios ha colocado en las iglesias locales, líderes que nos enseñan Su Palabra y cuidan de nuestras almas (Heb. 13:17; 1 Pe. 5:1–8; 1 Tim. 3:1:1–13; 5:17; Tito 1:5–9). Dios nos ha unido en iglesias locales para cuidarnos unos a otros en cuanto a pecar y alejarnos de Cristo (Gál. 6:1–5; Mat. 18:15–20). Dios nos ha mandado a reunirnos en asambleas locales donde predicamos la Palabra de Dios, celebramos la Cena del Señor, bautizamos nuevos creyentes, oramos y nos alentamos unos a otros (Hech. 2:42; Heb. 10:24–25). Luego nos separamos para ocuparnos de los creyentes y para compartir el evangelio con los incrédulos (Hechos 2:43–47). Claramente, ser un discípulo y hacer discípulos implica comprometer su vida a una iglesia local, donde usted se reúne con otros creyentes bajo un liderazgo bíblico para crecer en la imagen de Cristo y para expresar el amor de Cristo al mundo a su alrededor.

1. ¿Por qué cree usted que el Nuevo Testamento da tanta prioridad a que los cristianos sean miembros comprometidos (o parte) de iglesias locales? ¿Cómo puede reflejarse esta prioridad en su vida?

2. Lea Efesios 4:1–16. ¿Cómo debe afectar este pasaje la manera en que usted ve su responsabilidad hacia otros cristianos en la iglesia?

Llevando las Cargas de los Otros

En la Parte I, dijimos que todo cristiano es un ministro. Pablo dice que Dios le dio a la iglesia pastores, maestros y ancianos para que pudieran enseñarnos al resto de nosotros a ministrar. La tarea del pastor no es hacer todo el ministerio en la iglesia, sino “perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efe. 4:12).

Así que surge la pregunta: ¿A quiénes debería estar ministrando y cómo? No se agobie con la tarea de ministrar a otros. Solo se trata de servir fielmente a las personas que Dios ha puesto en su vida. Pablo explica:

Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. (Gal. 6:1–2)

Ministrar suena intimidante hasta que usted desarrolla una visión realista de lo que trata ministrar verdaderamente. Tal vez usted no fue dotado para predicar sermones, comenzar una clínica de rehabilitación o guiar un retiro de matrimonios. Pero ¿conoce usted personas que luchan con el pecado? ¿Conoce usted personas que están llevando cargas? Si es así, entonces sus primeros pasos hacia el ministerio son fáciles. Ayúdelos.

A nosotros no nos gusta involucrarnos en los problemas de los

demás. Nuestros problemas ya son suficiente—¿Por qué complicar

las cosas tomando los problemas de otras personas? Pero la razón es simple: Dios nos llama a ayudar a otros. Él nos creó para funcionar de esta manera. Sus problemas no son solo sus problemas—a fin de cuentas, ellos pertenecen al cuerpo de la iglesia en el que Dios lo colocó a usted. Usted ha sido llamado a alentar, desafiar y ayudar a otros cristianos en su vida y ellos están llamados a hacer lo mismo por usted. Si usted espera a que todos sus asuntos se resuelvan antes de ayudar a otros, eso nunca sucederá. Esta es una trampa en la que han caído millones, sin darse cuenta que nuestra propia santificación sucede cuando ministramos a otros.

3. Piense en su entorno particular e identifique algunas oportunidades que Dios le ha dado para ministrar a las personas a su alrededor.

¿Ha aprovechado esas oportunidades?

4. Tome unos minutos para meditar en Gálatas 6:1–2. ¿Cómo sería ayudar a otro a llevar su carga? ¿Hay alguien en su vida ahora mismo a quien usted debería estar ayudando de esta manera?

Yendo por debajo de la superficie

Tenemos que tener claro lo que significa ayudar a las personas que Dios ha colocado en nuestra vida. Tendemos a buscar soluciones rápidas

y fáciles. Cuando se trata de ayudar a las personas, generalmente nos dirigimos al nivel superficial del problema pero nunca llegamos al corazón de la cuestión. Cuando alguien está afligido, quizá podamos darle un libro que nos ayudó a nosotros en un momento difícil. Pero ¿Cuántos de nosotros tomamos el tiempo para invertir realmente en su vida? ¿Escuchamos sobre una base consistente y ofrecemos ayuda cuando encontramos una necesidad que podemos atender?

O cuando sabemos que un amigo está luchando con el pecado, nos apresuramos a explicar por qué ese pecado es dañino y le decimos que oraremos por él (ya sea que le hagamos un seguimiento o no). Pero ¿Cuántos de nosotros tomamos su lucha con el pecado de manera tan seria que acompañamos a esa persona mientras analiza los asuntos que involucra?

No es que los cristianos sean desinteresados. Muchas veces, realmente queremos ayudar a las personas a nuestro alrededor, pero nos enfocamos tanto en encontrar una solución rápida para el comportamiento externo que pasamos por alto el problema real. Veamos un ejemplo

acusaron de profanarse a sí mismos. Pero la respuesta de Jesús nos llama a mirar más allá de lo externo, a lo que sucede en el corazón.

¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina?

Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos.

Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina

al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez.

Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre. (Marcos 7:18–23)

Cada lucha con el pecado que podemos encontrar en nuestras vidas o en la vida de las personas a nuestro alrededor están representadas en la lista que da Jesús aquí: malos pensamientos, inmoralidad sexual, hurtos, homicidios, adulterio, avaricias, maldades, engaños, lascivia, envidia, maledicencia, orgullo e insensatez. Jesús dice que estas cosas vienen de dentro. En otras palabras, si estamos intentando enfrentar estos problemas regulando las circunstancias o comportamiento de una persona, entonces estamos perdiendo el tiempo. Estas cosas están “dentro del corazón de los hombres”. Cualquier ayuda que podamos ofrecer a la persona que está luchando con el pecado tiene que apuntar a transformar corazones, no comportamientos.

5 ¿Por qué cree usted que tendemos a enfocarnos en las circunstancias y comportamiento externo cuando intentamos ayudar a que las personas cambien?

6. Utilizando sus propias palabras, intente explicar por qué es esencial llegar al corazón del problema, más que enfocarse meramente en las circunstancias y comportamiento.

Transformado por el Evangelio

Así que ¿Cómo cambiamos el corazón de una persona? Es imposible.

Podemos ser capaces de contener el ataque de ira de una persona sosteniéndolo fuertemente, pero somos incapaces de cambiar el corazón de una persona.

Aquí es donde entra el plan de redención de Dios. El evangelio no se trata solo de “salvarnos”, como si hiciéramos una oración e inmediatamente fuésemos transportados al cielo. Dios describe la “salvación” y la transformación de la vida cristiana así:

Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. (Eze. 36:26–27)

Este es un evento cataclísmico. “Salvarse” no se trata de hacer una oración y luego continuar viviendo como si nada hubiera pasado.

No, cuando Dios entra en nuestras vidas, somos renovados desde dentro hacia fuera.

La buena noticia es que Dios ha actuado en la persona de

Jesucristo. Por medio de Su vida, muerte y resurrección es que somos transformados, hechos nuevos. Nuestro problema está en el centro de nuestro ser, pero Dios transforma nuestros corazones. Dios literalmente coloca Su Espíritu en nosotros y nos cambia desde dentro hacia afuera.

Así que cuando estemos al lado de personas quebradas, heridas, que Dios ha colocado en nuestras vidas, recordemos de dónde viene nuestro poder. Estas no son cuestiones meramente físicas que podemos corregir con mucho trabajo. Estos son asuntos espirituales que van más profundo de lo que podemos imaginar. Con todo, Dios nos ha abastecido con lo que necesitamos para poder cumplir Su llamado. El poder de transformar corazones y cambiar vidas viene del Espíritu Santo (Juan 6:63), por medio de la Palabra de Dios (2 Tim. 3:16–17), y por medio de la oración (Santiago 5:16–20). Mientras utilicemos las Escrituras para dar consejo a otros, allí hay poder (Heb. 4:12). Cuando oramos apasionadamente para que sus corazones cambien, allí hay poder. Nosotros no podemos quitar la lujuria del corazón de una persona con nuestros esfuerzos, pero tenemos el Espíritu de Dios obrando en nosotros. Por medio del Evangelio, las personas pueden ser libres del poder esclavizante del pecado (Rom. 6). Por medio del Evangelio, tenemos poder para desarraigar el pecado de nuestros corazones y vivir de manera que agrade a Dios (Gal. 5 y Rom. 8). Pablo promete: “si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.” (Rom. 8:13).

7. ¿Cómo deberían afectar la verdad del Evangelio y el poder del Espíritu Santo la manera en que nos acercamos para ayudar a que las personas cambien?

Llevar las cargas unos de otros no es fácil, pero tampoco es opcional. Tenemos que enfrentar este desafío: una iglesia llena de individuos aislados sintiéndose derrotados por sus pecados y despojados de su gozo, esto nunca fue el plan de Dios para la iglesia. El plan de Jesús para Su iglesia era que ésta avanzara poderosamente a lo largo de los siglos, llena de amor y gozo. Jesús fue claro: “Yo edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.” (Mateo 16:18).

Pablo nos recuerda que el Espíritu de Aquel que levantó a Jesucristo de la muerte está obrando en nosotros (Efe. 1:15; Rom. 8:11). El plan de Dios para Su iglesia es que fuera un cuerpo unido, no un grupo de individuos aislados. Él nos ha dado el poder de llevar la verdad y transformación a la vida de las personas a nuestro alrededor, no estar satisfechos con llevar libros y deseos amables. Si la iglesia va a cumplir la misión dada por Dios en nuestro mundo moderno, tendremos que tomar nuestra responsabilidad de unos a otros seriamente. Tendremos que aceptar Su llamado de llevar

9. ¿Qué pasos podría dar usted ahora mismo para ayudar a su iglesia a funcionar como Dios lo planeó?

Cada Miembro Haciendo Su Parte

La misión de su iglesia es muy importante como para dejársela a otro. En el momento en que usted comienza a creer que su iglesia puede ser saludable mientras usted se queda al margen, usted ha renunciado al plan de redención de Dios. Dios lo ha colocado a usted en su situación única porque Él quiere que ministre a y con los otros cristianos que Él le ha puesto alrededor. La visión de Pablo para la iglesia incluía a todos los cristianos:

Crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor. (Ef. 4:15–16).

La meta de la iglesia es crecer de todas las maneras hacia la semejanza de Cristo. Pero la iglesia nunca alcanzará esta meta a menos que esté “todo el cuerpo, bien concertado y unido”. Esto no significa que todos funcionaremos de la misma manera, pero significa que todos tenemos una responsabilidad. También significa que si usted no es activo en la iglesia, está lastimando a sus hermanos y hermanas. Una pierna paralizada fuerza al resto del cuerpo a trabajar el doble para compensar la inactividad de esa pierna. Dios lo hizo para que usted fuera exactamente quien es, y Su Espíritu le ha dado el poder de tener habilidades espirituales únicas, o “dones”. Juntos,

funcionamos como un cuerpo. Hasta que usted y cada persona en su iglesia no estén ministrando activamente a las personas a su alrededor, su entorno no tendrá una imagen exacta de para qué fue creada la iglesia.

Cuando damos un paso fuera de nosotros mismos y comenzamos a llevar las cargas de otros, esto consume tiempo, puede ser terrible y a veces confuso. Pero es necesario. Ayudar a cambiar a las personas es de lo que se trata el discipulado. Cuando ayudamos a otros cristianos a seguir a Jesús, nos encontraremos con tentaciones, mentiras, e ídolos que los retienen. Será difícil, pero nosotros sabemos que Jesús lo ha consumado, y sabemos cómo termina esta historia. Tenemos un rol que desempeñar en el plan redentor de Dios. No siempre será divertido, pero debemos ser fieles al llamado de Dios.

10. ¿Diría usted que ha estado cumpliendo su rol en el cuerpo de Cristo? Si es así, ¿Qué podría necesitar para crecer en esto? Si no es así, ¿está listo para involucrarse? ¿Qué pasos debería tomar?

11. Pase un tiempo en oración. Pídale a Dios que le de confianza en el poder del Espíritu para utilizarlo en ministrar a otras a personas. Pídale a Él por sabiduría para saber qué hacer y discernimiento para reconocer a las personas que están en necesidad. Pídale a Dios que lo use a usted y a su iglesia para continuar Su plan de redención.